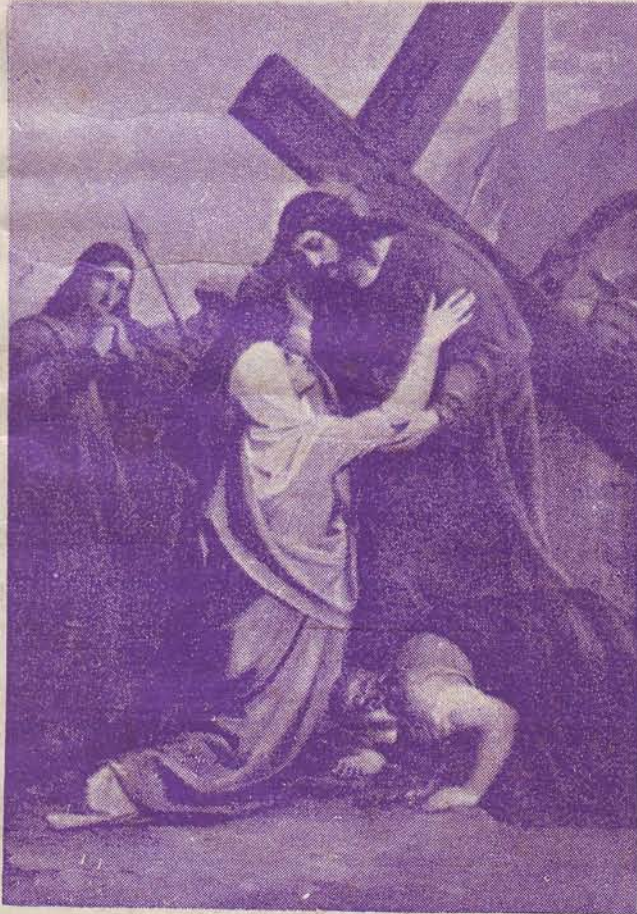


REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA

SAN JOSE, COSTA RICA, América Central



El encuentro de Nuestro Señor con su Santísima Madre

¡La mejor y la más santa de todas las madres encuentra camino del Calvario, al mejor y al único santo de todos los hijos!...

Ante ese cuadro, único en su género a través de todos los siglos... ante ese cuadro que es copia viva del propio Dolor desgarrándose sus propias entrañas... ¡calla, alma mía!... ¡enmudece!... y llora amargamente tus pecados que, convertidos en cruz, va cargando sobre el hombro derecho el Hombre-Dios!...

ELADIO PRADO.

CONTENIDO:

| | Página |
|--|--------|
| Don Claudio Cortés como Director del Colegio Superior de Señoritas | 1 |
| Jesús Crucificado Joaquín Vargas Coto. (Selección enviada por doña Anita v. de Montenegro.) | 2 |
| La Oración en el Huerto Cecilio Navarro. | 3 |
| La Corona de Espinas V. Diez Vicario. | 5 |
| La Pasión del Señor según San Mateo | 7 |
| La Oración de Jesús en el Huerto (Selección enviada por doña Anita v. de Montenegro.) | 10 |
| El Cirio Pascual del Sábado Santo | 10 |
| ¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso! . . Enrique Molina G. h. | 11 |
| Curso de Cocina Digna Casal de Solari. | 12 |
| Angelus | 12 |
| Almas Recias (Novela) | 13 |

Doña Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

Para SEMANA SANTA, ha recibido:

Metalina, Lamé, Encajes, Borlas, Cordón y Flecos plateados y dorados de todo tamaño.

Diademas, Espigas, Cadenas de brillantes y piedras de color, Perlas y Lentejuelas.
Brocados, Piel de Seda y Terciopelo ancho para mantos.

Gran surtido de flores para altar, azucenas, lirios, rosas, claveles, begonias, bellísimos ramos de uvas, zacate, musgo, etc.

Para todo dolor

ASPIRINA

el producto de confianza



DIRECTORA:

Sara Casal v. de Quirós

Apartado 1289

Teléfono 3707

OFICINA: 125 varas al Este
del Seminario,
Calle de La Soledad

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la
Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 9 de Abril de 1933

Suscripción mensual

de

cuatro números:

₡ 1.00

H
056
R454nc.
C.R.

Don Claudio Cortés como Director del Colegio Superior de Señoritas

EL don de organización es un don precioso que pocos lo poseen y debemos reconocer que don Claudio Cortés lo posee. Como Director de la Escuela de Farmacia, nos cuentan que su actuación fue admirable y que dejó grandes adelantos. Como Director del Colegio Superior de Señoritas no descansa en su afán de organizarlo admirablemente y en todo sentido. En tan corto tiempo se han hecho grandes trabajos y reformas. Un gran estadium cómodo, donde se hacen las reuniones y actos públicos. El antiguo salón de canto fue dividido para salón de Botánica y Anatomía. Otro gran salón también fue dividido y convertido en amplias clases. Se adquirieron los salones del Curso libre de costura para ampliar el Colegio que cuenta hoy día con más de quinientas alumnas. Se pidió a Europa material de ciencias que será instalado en los salones que ya están listos.

El patio central se adornó con una bellísima fuente española, y se está construyendo una elegante escalera para que las niñas bajen con facilidad al patio. Además se han hecho mejoras y arreglos pequeños que no es posible enumerar.

Y lo que es más importante, se ha establecido la sección de Humanidades para las señoritas, ya no tienen que ir al Liceo a estar mezcladas con varones; lo que esto significa es de un valor inmenso para los padres de familia que no les gustaba ver a sus hijas en comunión constante con muchachos que la mayor parte de las veces, no saben apreciar ni respetar a sus compañeras. Con sólo este triunfo de don Claudio, pues fue él quien se empenó en volver a establecer esta sección, sería suficiente para que los padres de familia estuvieran muy agradecidos con él.

Desde su llegada al Colegio don Claudio se ha propuesto imprimirle un régimen de severa disciplina, de orden y moralidad como debe ser un colegio de señoritas, y en esta ardua labor debieran tomar empeño todos los padres de familia, en ayudarlo y acuerparlo en todas las órdenes que imparta en el Colegio, y jamás entorpecerlo. Es sabido que es más difícil hacer el bien, que cruzarse de brazos y dejar que hagan las niñas lo que les venga en gana; pero mejor sabido es que un Colegio debe tener sus normas de buen gobierno muy estrictas y que un buen director no debe ceder a las debilidades de los padres de familia.

Se han comentado mucho las últimas disposiciones del Colegio sobre el uniforme que han de llevar las niñas. Sabemos que el fin principal de la dirección es la moralidad. El uniforme es el mismo que se ha usado siempre, lo único es que las niñas lo habían desfigurado; ya no eran midis, sino blusas con pretina en la cintura. Algunas niñas al levantar el brazo, enseñaban las prendas interiores si las llevaban y como para algunas la moda es no llevar sobre el busto ninguna prenda interior, no era decente ver el cuerpo al natural cuando alzaban las niñas los brazos en clase de calistenia. Llevando la blusa larga, se evita el inconveniente. Las faldas, son las faldas paletoneadas que han llevado siempre, con la única condición que no sean cosidas en las caderas para que el cuerpo no parezca ceñido, lo que en algunas niñas muy desarrolladas, no es decente ver. El valor del uniforme es el mismo, lo que han pedido es corrección e igualdad para que sea verdadero uniforme y por estética.

Lo que sí nos ha sorprendido, porque las que han reclamado nos dicen que son personas muy católicas, es que esas madres cristianas no hayan leído las órdenes del Santo Padre sobre las modas y las reglas que se han publicado sobre cómo debe ser el largo de las faldas: los trajes no deben ser ceñidos al cuerpo, deben ser holgados, para que la pureza de las niñas no sufra la menor ofensa. Muy extraño es que don Claudio Cortés, siendo liberal, abogue por los vestidos como lo manda el Santo Padre y que las madres católicas se opongan a ello.

Después de trabajar tanto, como lo hace don Claudio; de esmerarse en todo sentido por la buena marcha del Colegio, que vengan algunos padres de familia a entorpecer una labor tan meritoria es algo como darle un baño de hielo a las personas.

La verdad es que al mundo no se le deja contento jamás, y dichosamente que media parte de él, está con una y la otra media en contra; así podemos decir que muchos y muy honorables padres de familia han felicitado a don Claudio y nosotros hemos oído decir a muchos de ellos que están muy contentos, y la prueba concluyente es la enorme matrícula que ha habido este año en el Colegio.

Somos muy francos: el día que don Claudio no proceda como se debe seremos los primeros en censurarlo y muy duramente; pero por ahora no tenemos más que felicitarlo muy de veras.

JESUS CRUCIFICADO

Por JOAQUIN VARGAS COTO

(Envío de Anita v. de Montenegro)

Así, Señor, pendiente el lirio de tu cuerpo de los tres clavos que lo sujetaron al sacro leño de la cruz; entreabierta la boca, secos los labios donde florecieron las palabras sencillas y eternas de las parábolas del bien y del amor; roto el costado, en el que se abre, como una gran rosa de dolor, la herida sangrienta desde cuyo fondo saltó el agua milagrosa que devolviera la vista al ciego; así, Señor, girando los ojos, los ojos cargados de infinitas angustias y de hondas ternuras por los sombríos horizontes de la hora trágica del viernes de tu muerte; maltratado, escupido el rostro, abofeteado y coronadas las sienes con las agudas espinas del martirio, así, Jesús, Rabino milagroso, profeta de la eternidad, poeta de la sencillez sublime, eres la más obsesiva figuración del dolor.

Y, siendo todo un dolor, siendo todo una tortura, siendo todo como un grito lamentable de angustia y de desesperación, hombres y pueblos, generaciones y razas enteras, se han doblado a tus pies, se han echado en medio de tus brazos de crucificado sublime, y gimiendo, llorando, rogando e imprecando, han encontrado cariñoso amparo, lleno de consuelo, lleno de paz.

Ampara, Señor, desde tu cruz de todos los martirios, a los que lloran penas de amor; consuela a la madre que ve, sobre su regazo expirar al hijo, flor amada de su corazón, y pasa la caricia de tu consuelo por la frente del hijo que contempla la agonía de su padre: protéjete al navegante que lucha perdido en el inmenso piélago, contra la tempestad desatada:

alivia a los que sufren los desgarrones del dolor en sus camas de enfermos, en las mesas de las operaciones, en las salas frías y lívidas de los hospitales; haz que en el camino de los tristes florezcan las rosas de la ilusión, y que en el horizonte de los desesperados se abra la curva esperanza del arco iris; vierte el almíbar de tus consuelos en todas las copas de amargura; Tú que pasaste por el mundo como la sombra de una ala bienhechora...

Por las llagas de tu cuerpo, rosas de dolor; por las abiertas heridas de tus manos, lirios traspasados; por las desgarraduras dolorosas de las espinas de tu corona, por tu atroz martirio en Jerusalén, sigue siendo fuente de bondades para los hombres, llénales de amor y de ternura el corazón, para que amen más la vida, para que sean más la fraternidad humana, para que sean más justos, para que sean más libres, para que sean más felices.

Cuide sus ojos

Valen mucho

Nosotros le daremos los anteojos que Ud. necesita después de hacerle un examen científico

Consultorio Optico Rivera

Frente al Hotel Costa Rica

Teléfono 3347

La Oración en el Huerto

Por CECILIO NAVARRO

I

Había ya enseñado Jesús su celestial doctrina con la palabra y el ejemplo.

Había llamado a su divino apostolado a hombres de fe sencilla y sencillo corazón, humildes y aún ignorantes, para que, inspirados luego prodigiosamente por las fulgúreas lenguas del Espíritu Santo, evangelizaran el mundo y ataran y desataran los pecados de los hombres con potestad suprema, fundando la Iglesia universal.

Y se acercaba ya el término de su misión divina, que era sellar con su sangre todo el código inmortal de la Nueva Ley, el Nuevo Testamento, el Evangelio, la verdad moral y religiosa.

Y habiendo dado, en fin, el mandato de amor a sus discípulos, después de la última cena, fue con ellos a una granja llamada de Gethsemani, huerto fertilísimo que había al pie del monte Olivete, y les dijo:

—Sentaos aquí, mientras yo me retiro a orar allá.

Y tomando consigo a Pedro y a los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, comenzó a sentir su ánimo entristecido y angustiado.

Entonces les dijo:

—Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí y velad conmigo.

Y habiendo dado unos pasos más allá, se postró sobre su rostro e hizo oración diciendo:

—Padre, Padre mío, si posible es, aparta de mí este cáliz de amargura; pero hágase tu voluntad y no la mía.

Y pasó una hora postrado sobre su rostro y orando en el silencio de la noche, turbado sólo por el murmullo del olivar como otra plegaria misteriosa.

Después de esta hora, vino a sus discípulos y hallándolos dormidos, les dijo:

—No habéis podido velar conmigo una hora... Velad y orad para que no entréis en tentación.

Y se retiró otra vez, y otra vez oró:

—Padre mío, si no puede pasar este cáliz de amargura sin que lo apure yo, hágase tu voluntad.

Y las sombras de la noche pasaban como olas del mar, y las olas como olas de amargura.

Y Jesús alzó al cielo la frente soberana y abrió los brazos como para abarcar todas las sombras, que eran olas de amargura.

Y se entristeció más y más.

Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia.

Y sudaba en el trabajo de su agonía y en el fervor de su plegaria.

Y el sudor de su frente, como las lágrimas de sus ojos, era una lluvia de sangre que caía sobre la tierra maldita, fecundándola ya para la redención.

II

Luego de súbito se apartaron las tinieblas, dejando espacio a una visión de luz.

Era una forma nítida, espléndida, bellísima; era el Ángel de la confortación, animado aún por la palabra del Padre Celestial.

Y trémulo y palpitante de emoción, se acercó al Redentor, que, cerrando los brazos, prendió en un lazo divino la luz que descendía del cielo.

—Hijo unigénito del Padre celestial—le dijo el Ángel con la amorosa blandura del aura vespertina, después de posar un ósculo en su frente,—Dios Hijo, Dios como el Padre y el Espíritu Paráclito, Dios mío, tú que eres el Ser de que a torrentes corre la vida universal animando estrellas y mundos y ángeles y hombres, criaturas todas de tu diestra omnipotente, ¿cómo y por qué te apenas ante el cáliz de la muerte, si eres inmortal, Dios mío? Pero, ¡ay!, has de redimir al hombre con méritos de tu pasión y muerte, y tomaste carne pasible y mortal para poder padecer y morir como hombre, víctima inocente y purísima del amor, aceptado por ti desde el principio.

Y se ha cumplido ya el tiempo de la promesa divina, que esperan en dolor cuarenta siglos de esclavitud, esclavitud del pecado y esclavitud de hierro, de lágrimas, de opresión.

Y no hay redención posible, sino eterna perdición para las almas, sin el cruento sacrificio del cordero inmaculado, víctima expiatoria de los pecados del mundo.

¡Oh, misterio doloroso, pero bendito en su mismo dolor!

Pues ha de cumplirse la palabra de Dios, y tú, Hijo de Dios, has de llevar a tus labios y apurar hasta las heces el amargo cáliz de la muerte para salud de las almas sedientas de libertad y de luz y de perdón; yo, el Ángel más amado del Señor, yo confortaré tu espíritu con un mensaje del cielo para que puedas cumplir tu asombrosa misión como hombre pasible y mortal.

Traigo, Jesús divino, la bendición de Dios Padre y toda la virtud e inspiración de Dios Espíritu para que alienten tu alma.

Traigo todas las armonías de los salterios sefóricos para calmar las tristezas de tu espíritu.

Traigo un ósculo del sol para posarlo en tu frente; fulgores de luna y las estrellas para ahuyentar las sombras de tus ojos; perlas de lágrimas lloradas por nubes de gloria para humedecer tus labios; auras de espacios infinitos, refrescadas en ríos de eterno bien, para llenar tu pecho, y el limpio cendal del alba para recoger y llevar a la patria de los ángeles, tus siervos, como tesoro de los cielos, todas las gotas de sangre que suda y llora el dolor supremo regando ya la tierra maldita para plantar el árbol de la cruz.

Todas las legiones, todas las jerarquías, todos los órdenes y coros de espíritus angélicos vendrán a asistirte con virtud del Padre Celestial delante del ángel de la muerte; y cuando el Padre marque en el curso del tiempo el supremo instante de la consumación de su gran obra, tuya también, todos los soplos del aire serán alas de ángeles, que llevarán tu espíritu al seno de los justos que te esperan, y tu sagrado cuerpo al sepulcro para el glorioso triunfo de tu resurrección.

Los justos de la Antigua Ley esperan tu visita en el seno de Abraham para ascender a la vida de la inmortalidad y de la eterna luz.

Los hombres, esclavos del pecado, esperan tu resurrección para regenerarse en la fe de tu Evangelio, pacto de la nueva alianza y testamento de la herencia universal a que son llamados por tu amor todos los hombres, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes, como hermanos tuyos todos y todos hijos de Dios.

Y la gloria del eterno Ser, vestida de esplendor nupcial, espera la ascensión del Hijo y del Esposo para coronarlo de estrellas y sentarlo a la diestra del Padre Celestial.

Sentado en tu trono de majestad suprema a la diestra del Padre y bajo las fulgúreas alas del soberano Espíritu, dominarás todas las milicias de los ángeles, todas las jerarquías de los santos, todos los coros de los justos, todas las esferas de las almas, las órbitas de todos los astros, las rotaciones de todos los mundos, los destinos de todos los hombres, las leyes de todo el universo; y sin dejar de ser el Hijo en la Trinidad divina, serás el Padre y el Espíritu en la infinitud de la eternidad.

El mensajero divino besó otra vez la frente soberana y abrió sus alas para volver a Dios.

Las sombras volvieron a cerrarse.

Pero no eran ya olas de amargura.

III

Jesús estaba ya confortado, y en cuanto hombre pasible y mortal, ansiaba ya padecer y morir, tenía ya hambre y sed de cruz.

¡Oh, cruz! Te amo con toda mi alma, aunque se estremece mi carne mortal al recio dolor con que me brindas.

Te amo porque tú serás ya el árbol del nuevo paraíso, árbol de la ciencia del bien únicamente, árbol inmortal, cuyo fruto a nadie estará prohibido.

Te amo porque en ti y por ti serán ya iguales y libres de toda esclavitud los hombres todos, sin que haya opresión que tú no condenes, ni dolor que no consueles, ni pecado que no borres.

Te amo porque serás el estandarte de la fe, la prenda de la esperanza, el tesoro de la caridad, el escudo de los humildes, el azote de los soberbios, la espada de la justicia, la fuente de la misericordia, la llave del reino de los cielos.

¡Oh, cruz! Tiende ya a mí tus brazos de humana redención, como yo te tiendo ya los míos, y unámonos con remachados clavos para que no desfallezca la carne pasible y mortal antes de consumir con mi muerte mi obra de amor, de salud y redención.

Las auras de la noche, embalsamadas por las flores del monte, se movieron halagüeñas besando el rostro divino.

Luego callaron las auras y la naturaleza toda con asombro.

Había sonado un ósculo, que no era del aura halagadora, sino de la ingrata perfidia, de la más negra traición.

Era el beso de Judas, que entregaba a su Maestro a las turbas, a la muerte, a la cruz.

La Corona de Espinas

Por V. DE DIEZ VICARIO

«Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la colocaron sobre la cabeza de Jesús, y le vistieron una ropa grana. Y le decían: Tengas gozo, Rey de los judíos, y le daban de bofetadas.»

(San Mateo: XXVII, 28 y 29.

San Marcos: XV, 17 y 18.

San Juan: XIX, 2 y 3.)

Según afirman estos relatos evangélicos, Jesucristo, después de sufrir el martirio de flagelación, pasó a ser objeto del escarnio y befa de los soldados del Pretorio, dándose, con tal motivo, lugar a una escena tan odiosa como repugnante. La vil soldadesca, apoderándose del ensangrentado y dolorido cuerpo de Jesús, lo desnudaron de su sencillo ropaje para vestirle un manto de grana, tejieron de espinas una corona, que le pusieron en la cabeza, y le colocaron, después, una caña en la mano derecha. De tal modo adornado, para mayor irrisión y holgorio, hiciéronle sentar en pretoriana silla y, abofeteándole los unos y escupiéndole los otros, todos desfilaron ante El diciéndole insultos y blasfemias del peor gusto...

¿Dónde hallar mayor infamia que en esta escena plena de la más refinada vileza?... ¡Qué baldón tremendo de injusticia y de vergüenza para el odioso nombre de Pilatos!...

Trabajo cuesta comprender cómo la autoridad romana pudo prestarse a la realización de acto tan cobarde y miserable, como injusto y bochornoso para aquellos que administrar debieran justicia en nombre de aquella Roma que se preciara de ser madre del Derecho.

Indudablemente, los encargados de la defensa de este derecho en Judea no pudieron ser ni más cobardes ni más inhumanos con Jesucristo. Cabe pensar, en defensa del buen nombre del soldado romano, que Pilatos, en su calidad de procurador, no pudo tener a sus órdenes más que individuos de aquellas tropas irregulares dichas auxiliares; los combatientes romanos que constituyan legiones de la metrópoli de suponer es no hubieran descendido a semejante indignidad y vileza.

Este inhumano hecho de la Pasión de Cristo tuvo lugar en terreno, también, del

famoso recinto fortificado que ocupara la Torre Antonia, muy cerca del espacio que comprendiera el Pretorio, en el interior del actual cuartel turco.

Es este lugar aquel que hoy ocupa un pequeño edificio, antiquísima capilla que se supone obra de los cristianos indígenas del siglo XII, y que en la actualidad se mira profanada por el sepulcro de un santón turco.

En este lugar cree la tradición fuera el Señor vestido de irrisoria púrpura y coronado de espinas por los soldados del Pretorio, quienes, después de tan bárbaro suplicio, hicieron de El motivo de befa, escarnio y malos tratos de palabra y obra.

Melchor de Vogue ha dejado escrita una interesante descripción de esta pequeña capilla en su obra «Les Eglises de la Terre Sainte».

«Consta esta capilla—dice el sabio arqueólogo—de un cuadro de cinco metros de costado, cubierto por una cúpula de ocho lienzos, sostenida en el interior por un tambor octogonal. Para unir el tambor con la construcción inferior, cuatro de sus lados han quedado vacíos, siendo reemplazados por pequeños arcos ojivales. Al Sur hay un pequeño santuario cuadrado, flanqueado por dos nichos laterales. Se penetra allí por un arco ojival trazado en el centro. La abertura de estos dos nichos es de fisonomía enteramente occidental; se halla formada de una archivolta ojival, sostenida por dos columnas enlazadas. Una faja cincunda totalmente el interior del edificio. Una cornisa, sostenida por modillo-

Dr. Alexis Agüero

MEDICO CIRUJANO

OCULISTA

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte
del Correo.

Teléfono 2712

nes a corchete, corona por el exterior la parte rectangular del monumento.

Es imposible no ver allí el tipo semiorientado de este edificio.

Esta capilla recuerda por su disposición aquellos pequeños monumentos cúbicos o cupulados, que, con el nombre de Waly o Turbeh, cubren las tumbas de los santones y los sitios consagrados por alguna leyenda musulmana.»

«Las piedras, las disposiciones de los arcos, las cornisas, la forma y la ornamentación de las cartelas pertenecen al arte romano—continúa diciendo este eminente escritor, quien acaba manifestando que,—esta interesante capilla es un modelo acabado de los monumentos conmemorativos erigidos por los Cruzados en el exterior de las grandes iglesias.»

Sin embargo, la autorizada opinión de Melchor de Vogue, otros eminentes escritores palestinólogos opinan que esta capilla no fué obra de los Cruzados, sino, como ya dejamos manifestado, de los cristianos indígenas del siglo XII.

En apoyo de este su juicio, dicen, que este edificio tiene grandísima semejanza con otros dos del mismo género, situados en las inmediaciones. El uno es la iglesia denominada de «Deir-el-Ades», que está a unos setenta metros de la iglesia de la Flagelación; y el otro acaba de ser descubierto, en ruinoso estado, sobre el «Lithostrotos», casi enfrente del arco del «Ecce-Homo». Los planos de estas tres capillas, la forma de sus pilares, los nichos o pequeñas piezas al lado del altar, la falta de contrafuertes, la parsimonia de la ornamentación y la sencillez de la arquitectura, son todos caracteres del arte indígena, y demuestran en opinión de estos ilustres escritores, «que se construyeron para que sirvieran a la liturgia de un rito oriental.»

La corona de espinas. Muchos son los documentos y escritos en que se ha estudiado, discutido e historiado entre eruditos y críticos, acerca de este instrumento del suplicio de Nuestro Señor. Diversas y múltiples son las opiniones sobre el arbusto o planta que sirviera para el tejido del anillo o entrelazado de junco y capacete de aceradas espinas que clavado fuera en la augusta frente del sublime Mártir.

Aunque el texto bíblico dice fuera tejida esta corona del suplicio de Jesús con ramas

de «Zizyphus Spinis», Gretzer, en su obra «De Cruce», (libro III), deduce, después de atinados razonamientos, que debió de ser fabricada con junco marino («iuncus marinus»).

Chateaubriand dice, a su vez, pudo serlo con las espinosas ramas del «lycium spinosus», mientras no faltan otros escritores que creen lo fuera, más bien, con el «Sakhun», o el «rhamus paliurus» del «eloe agnus pangus tifolius», al que los árabes llaman «ausedj» o «nabeka.»

El sabio botánico Hasselquist, discípulo famoso de Linneo, afirma a su vez, que esta corona fue tejida con el «nabka» o «nabeka» de los árabes, y, al efecto, dice que todo induce a creer que de esta planta se formase, por ser muy común en Oriente y no poder encontrarse planta más adecuada para este uso, por ser sus ramas muy ligeras y flexibles y estar armadas de agudas espinas de largo de unos seis centímetros y aceradas puntas. El color de esta planta de un verde subido, algo parecido al de la hiedra, y acaso—sigue diciendo Hasselquist—los verdugos eligieran deliberadamente esta planta tan semejante a la que se usara para coronar a los emperadores y generales victoriosos, añadiendo, así, el escarnio y la befa al martirio del Nazareno.

Aparte de estas disquisiciones entre los reputados escritores que mencionados quedan, existe la opinión de otros más modernos y no menos celebrados, que, dedicados al estudio de la arqueología cristiana, no dudan en asegurar que, según las distintas descripciones conocidas, antiguas y modernas, y de la apreciación de las diversas espinas que se guardan y veneran en algunos templos católicos, parece desprenderse que la planta empleada para la

De suma importancia para nuestros agricultores

Les recordamos que es necesario abonar sus sembrados; todo lo que se gaste en abonos lo devuelve con creces la tierra; pues el producto de sus cosechas no sólo aumenta, sino que la calidad de los frutos mejora. El Guano del Perú como abono es tan conocido como inmejorable que no hay necesidad de recomendarlo.

Don Rómulo Artavia
es el Agente exclusivo

Teléfono 3058

confección de la corona, fuera el «azufaifo», de origen siríaco, cuyo ramaje cuajado de espinas ostenta éstas pareadas de dos en dos, una de ellas alargada, recta y punzante en demasía.

El ropaje de grana que, en señal de befa y ludibrio, vistiera a Jesús la soldadesca pretoriana, fue el segundo cambio de vestiduras a que sujeto fuera su dolorido, llagado cuerpo por aquellos sus prevaricadores jueces, que sólo vieron, con sus capciosos e injustos actos de falso enjuiciamiento, de complacer al pueblo judío que, insaciable de la sangre del Justo, ante ellos clamara la Crucifixión del mismo.

Ya anteriormente, cuando Cristo hubo de comparecer ante Herodes, el tetrarca galileo, en vista del silencio con que respondiera a su impertinente pregunta, acordó devolverlo a Pilato, vistiéndolo, en su deseo de escarnerarlo, con túnica blanca. Así nos deja dicho San Lucas (XXIII, 11) «Et illisit indutum veste alba.»

Así, pues, cuando Pilato presentó a Jesús a los judíos, después de la flagelación, vestido con clámide de púrpura, fue, como dejamos dicho, cambiado por vez segunda de vestiduras.

Conforme con este cambio del túnico blanco por el de grana, aparecen los textos de San Mateo (XXVII, 28); San Marcos (XVI, 16 y 17) y San Juan (XIX, 2 y 5), quienes están unánimemente acordes respecto al hecho de haber sido Cristo vestido de grana después de su flagelación.

Esta túnica de púrpura, indicada con el nombre de clámide «coccinea», no era otra cosa que las «Chlamys» usada entre los griegos por las personas de importancia, mientras entre los romanos venía siendo prenda propia de los soldados.

Envuelto en ella permaneció el Salvador del mundo hasta el instante mismo de ser conducido al patíbulo, para donde partió envuelto en su propio ropaje.

La caña que a título de cetro se puso a Jesús, parece que fue, no uno de esos frágiles gramíneos que se ven en nuestros estanques y lagunas, los cuales son desconocidos en Palestina, sino un «arundo donax», de la familia de los bambúes, cuyo junco, mucho más recio, llega a tener hasta dos y más metros de altura. (Sepp. «Vida de Nuestro Señor Jesucristo», tomo III, pág. 4.)

La Pasión del Señor

según San Mateo

CAPITULO XXVII

Venida la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús, para hacerle morir.

2. Y le condujeron atado, y entregaron al presidente Poncio Pilatos.

3. Entonces Judas, el que le había entregado, viendo a Jesús sentenciado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes, y a los ancianos.

4. Diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente. A lo que dijeron ellos: A nosotros, ¿qué nos importa?; allá te las hayas.

5. Mas él arrojando el dinero en el templo, se fue, y echándose un lazo, se ahorcó.

6. Pero los príncipes de los sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro del templo, siendo como son precio de sangre.

7. Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjerios.

8. Por lo cual se llamó dicho campo, Hacéldama, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy día.

9. Con lo que vino a cumplirse lo que predijo el profeta Jeremías, que dice: Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto en venta, según que fue valuado por los hijos de Israel:

10. Y empleáronlas en la compra del campo de un alfarero, como me lo ordenó el Señor.

11. Fue, pues, Jesús presentado ante el presidente, y el presidente le interrogó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondióle Jesús: Tú lo dices: *lo soy*.

12. Y por más que le acusaban los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, nada respondió.

13. Por lo que Pilatos le dijo: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan?

14. Pero él a nada contestó de cuanto le dijo: por manera que el presidente quedó en extremo maravillado.

15. Acostumbraba el presidente conceder por razón de la fiesta la libertad de un reo, a elección del pueblo.

16. Y teniendo a la sazón en la cárcel a uno muy famoso, llamado Barrabás.

17. Preguntó Pilatos a los que habían concurrido: ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás, o a Jesús, que es llamado el Cristo?

18. Porque sabía que se le habían entregado por envidia.

19. Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo: porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa.

20. Entretanto los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos indujeron al pueblo, a que pidiese la libertad de Barrabás, y la muerte de Jesús.

21. Así es que preguntándoles el presidente, diciendo: ¿A quién de los dos queréis que os suelte?, respondieron ellos: A Barrabás.

22. Replicóles Pilatos: ¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo?

23. Dicen todos: Sea crucificado. Y el presidente: Pero, ¿qué mal ha hecho? Mas ellos comenzaron a gritar más, diciendo: Sea crucificado.

24. Con lo que viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veáis vosotros.

25. A lo cual, respondiendo todo el pueblo, dijo: Caiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.

26. Entonces les soltó a Barrabás. Y a Jesús, después de haberle hecho azotar, le entregó en sus manos para que fuese crucificado.

27. En seguida los soldados del presidente, asiendo a Jesús y poniéndole en el *pórtico* del pretorio, juntaron alrededor de él la cohorte o *compañía* toda entera

28. Y desnudándole le cubrieron con un manto de grana;

29. Y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y una caña

por *cetro* en su mano derecha. Y con la rodilla hincada en tierra, le escarnecían, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos.

30. Y escupiéndole, tomaban la caña, y le herían en la cabeza.

31. Y después que se mofaron de él, le quitaron el manto, y habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron a crucificar.

32. Al salir de la ciudad encontraron a un hombre natural de Cirene, llamado Simón, al cual obligaron a que cargase con la cruz de Jesús.

33. Y llegados al lugar que se llama Gólgota, esto es, lugar del calvario o de las calaveras,

34. Allí le dieron a beber vino mezclado con hiel. Mas él, habiéndolo probado, no quiso beberlo.

35. Después que le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes: con esto se cumplió la profecía que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica.

36. Y sentándose junto a él le guardaban.

37. Pusiéronle también sobre la cabeza estas palabras que denotaban la causa de su condenación: *Este es Jesús, el rey de los judíos.*

38. Al mismo tiempo fueron crucificados con él dos ladrones: uno a la diestra, y otro a la siniestra.

39. Y los que pasaban por allí le blasfemaban meneando la cabeza, y diciendo:

40. Hola, tú que derribas el templo de Dios, y en tres días le reedificas, sálvate a ti mismo: si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz.

41. De la misma manera también los príncipes de los sacerdotes, a una con los escribas y los ancianos, insultándole, decían:

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

42. A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo: si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en él:

43. El pone su confianza en Dios: pues si Dios le ama, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios.

44. Y eso mismo le echaron en cara aun los ladrones que estaban en su compañía.

45. Y desde la hora sexta hasta la hora de nona quedó toda la tierra cubierta de tinieblas.

46. Y cerca de la hora nona exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: Eli, Eli, lamma sabacthani?, esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

47. Lo que oyendo algunos de los circunstantes, decían: A Elías llama éste.

48. Y luego corriendo uno de ellos tomó una esponja, empapóla en vinagre, y puesta en la punta de una caña, dábasela a chupar.

49. Los otros decían: Dejad, veamos si viene Elías a librarle.

50. Entonces Jesús, clamando de nuevo con una voz grande, entregó su espíritu.

51. Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de alto a bajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras.

52. Y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron.

53. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos.

54. Entretanto el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que sucedían, se llenaron de grande temor, y decían: verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.

55. Estaban también allí a lo lejos muchas mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea para cuidar de su asistencia.

56. De las cuales eran María Magdalena y María, madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Cebedeo.

57. Siendo ya tarde, compareció un hombre rico, natural de Arimatea, llamado José, el cual era también discípulo de Jesús.

58. Este se presentó a Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús, el cual mandó Pilatos se le entregase.

59. José, pues, tomando el cuerpo, envolviólo en una sábana limpia.

60. Y le colocó en un sepulcro suyo que había hecho abrir en una peña, y que no había servido todavía; y arrimando una gran piedra, cerró la puerta del sepulcro, y fué.

61. Estaban allí María Magdalena, y la otra María, sentadas enfrente del sepulcro.

62. Al día siguiente, que era el de después de la preparación *del sábado, o el sábado mismo*, acudieron junto a Pilatos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos.

63. Diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Después de tres días resucitaré.

64. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día: porque no vayan quizá *de noche* sus discípulos, y le hurten, y digan a la plebe: Ha resucitado de entre los muertos; y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero.

65. Respondióle Pilatos: Ahí tenéis la guardia, id, y ponedla como os parezca.

66. Con eso yendo allá, aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardas de vista.

LA TIENDITA

LA TIENDA DE CONFIANZA PARA LAS SEÑORAS

ESPECIALIDAD

en preparación de **CANASTILLAS** y toda clase de ropita **PARA RECIEN NACIDO**. También se reciben marcas, y trabajos de calado y bordado.

TELEFONO 3395

CONTIGUO AL GARAGE ALFARO

LA GLORIA

Acaba de recibir

Guantes muy finos, lavables

de ₡ 3.50 a ₡ 4.00

E. CRESPO & CIA.

Teléfono 2404

La Oración de Jesús en el Huerto

Bajo la copa de gentil palmera
que el aura pura cariñosa mece,
el Hombre Dios, en oración sublime,
al cielo eleva su amorosa frente.

Nada el silencio turba, ni un gemido
exhala el viento, resbalando breve
sobre las flores, que se doblan tristes
entre los tallos que las brisas mueven.

Nada el silencio de la noche turba,
cesan los ecos y la calma crece,
callan las aves en su blando nido
y apenas gime la escondida fuente.

Las pálidas estrellas silenciosas
sobre los lagos sus fulgores tienden,
y el Ángel bello de la noche umbría
entre las ramas de los sauces duerme.

El arpa dolorida del Profeta
colgada de los pálidos cipreses
yace sin voz, mientras el aura errante,
sus dulces cuerdas cariñosa hiere.

Nada el silencio turba, sólo un ángel
al puro roce de sus alas leves
de la gentil palmera solitaria
las elevadas hojas estremece.

El ángel baja, su cabeza rubia
pálida inclina, como flor doliente,
y con trémula mano al Rey del cielo
el triste cáliz del dolor ofrece.

Padre, murmura el Redentor del mundo,
cubierta de sudor la hermosa frente:
pase, pase este cáliz, Padre mío;
y amargo llanto de sus ojos vierte.

Y un instante no más temblando lucha
con las oscuras sombras de la muerte
que en holocausto de su amor bendito
en la honda copa del martirio bebe.

Blanco Cordero inmaculado y puro
acepta del dolor hasta las heces,
y el que sin sombra de pecado vive
por el pecado de los hombres muere.

Orad, nos dijo, y su palabra santa
por toda la creación se alzó solemne,
y de inefable luz se cubrió el cielo
y de perfumes se impregnó el ambiente.

Orad, nos dijo, y la natura toda
hasta el trono de Dios se alzó esplendente,
como tranquila y solitaria nube
que de los mares se levanta y crece.

Bendita la oración, bálsamo santo,
que el espíritu eleva y engrandece,
y hace al alma que reza fervorosa
hija del cielo que a los cielos vuelve.

Bendita la oración, bendita noche,
que de su velo en los opacos pliegues
de redención el árbol sacrosanto
se irguió tranquilo y se mostró potente.

Allí la humanidad loca, perdida,
ciega y sin rumbo en delirante fiebre,
halló un raudal para calmar los males
que desgarraba su abatida frente.

(Selección enviada por doña Anita v. de Montenegro)

El Cirio Pascual del Sábado Santo

Representa a Cristo triunfante de la muerte: La cera blanca y pura de abejas: su cuerpo purísimo; los cinco granos de incienso con que se bendice: sus cinco llagas; el encenderse con el fuego nuevo: que es Luz del mundo, más esplendorosa después de su resurrección; el ponerse el candelabro alto: que iluminó al orbe entero con los fulgores de su doctrina y de su gloria; el encenderse con él lámparas: que sin Él no hay luz.

El Cirio, luciendo todos los domingos hasta la Ascensión, nos dice que Jesús permaneció en la tierra todo ese tiempo, enseñando, y nos exhorta a caminar, fuera de las tinieblas del pecado, a la luz de vida nueva y celestial, pre-

ludio de nuestra resurrección final. Es pues, el primer símbolo de la Resurrección de Cristo.

Su bendición es de origen antiguo. El Papa Zósimo la extendió a toda la Iglesia en 417. La fórmula es de lo más célebre y magnífico que hay en la Liturgia y es atribuida a San Agustín.

Nosotros, al ver lucir el Cirio Pascual, a semejanza de la columna de fuego que guiaba al pueblo de Israel, preguntémosnos, si marchamos en pos de Cristo, hacia el paraíso por Él abierto.

Mortales, dejad de perseguiros. ¿No son suficientes los dolores que os prepara la naturaleza y el destino?

¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!

Por ENRIQUE MOLINA G. h.

Veinte siglos hace que se iluminó para la humanidad cual la aurora de un día eterno, el sendero de la más grande de las redenciones: la del espíritu. Veinte centurias que al conjuro del milagro, brotó del caos la humanidad regenerada «sin más sacrificio que el de una vida, sin más sangre que la de un mártir»: Jesús. Sobre la tierra calcinada por el incendio de las pasiones humanas, sobre ese planeta que contempló allá en el Génesis la destrucción de la felicidad y la caída del hombre, debía cumplirse la promesa paradisíaca y levantarse en un Viernes Santo, no el árbol cuyo fruto envenenó la sangre de los humanos sino el leño sacrosanto de la Vida, una cruz en cuyos brazos ensangrentado y moribundo, el Hijo de Dios y de una Virgen, bríndase a la humanidad el abrazo de la Divinidad que perdonaba...

Es la tarde funeral del sacrificio; sobre la cima del Monte de la Calavera, en medio de la canalla judaica que consume el deicidio y entre la bruma de aquel día en que el sol no quiso alumbrar la ingratitud de la tierra, se destacan las siluetas de tres cruces y sobre ellas los cuerpos de tres ajusticiados, dos de ellos pagando tributo a la justicia humana, el tercero, el de en medio, Jesús, vindicando la Justicia Divina y muriendo con la grandeza del mártir que se inmola para rubricar con su sangre, la verdad de lo que predicó. Los hombres quieren hacer más ignominiosa su muerte y le crucifican entre dos ladrones. Gestas, el de la izquierda, el impenitente, se retuerce en el paroxismo del tormento y muere como ha vivido, maldiciendo su suerte y renegando de Dios, a pesar de que Jesús pide perdón por él y derrama su sangre por redimirlo. El de la derecha, el predestinado, aquel que vislumbró en la frente del Mártir Nazareno algún destello divino para alumbrarle el sendero de la gloria, Dimas, agoniza también junto a Jesús. Cuando éste arrastraba su vida de crímenes allá por los barrancos y soledades de Palestina, seguro que oyó hablar de Jesús, aquel que predicaba mansedumbre y amor, que perdonaba al enemigo, que levantaba su mano para bendecir y acariciar a la niñez y tal vez por su alma atormentada transitó la visión de Jesús, leve

como un reproche, suave como caricia de madre... y como una imagen del pasado que revivía, tal vez se alzó la caravana sagrada de un anciano, una mujer y un niño que iban camino del desierto hacia el lejano Egipto. Aquél es un ladrón, pero no empedernido en el vicio; la maldad o la malicia de los hombres o las circunstancias lo lanzaron por el atajo del mal; pero Dimas conservó aun sobre la cruz expiatoria, sentimientos nobles; en aquel pecho latía un corazón generoso. Oye que los enemigos de Jesús le escarnecen y ríen de su dolor y se indigna ante la bajeza de aquellos cuyos instintos son de fiera; oye que el Mártir moribundo les perdona, les disculpa y allá en el fondo de su alma debe sentir que les desprecia, al tiempo que brota en su espíritu que se redime, una admiración profunda por Aquel que debía ser Dios... Y cuando oye que el de la izquierda une sus burlas a las del populacho, aun tiene valor para enrostrarle su vileza y para hacer confesión pública de sus maldades. El dolor y el arrepentimiento le abren las puertas de la felicidad. ¡Oh dolor, cuántas almas arrebataste del abismo en un segundo de arrepentimiento!

Allí sobre el Calvario, Jesús recoge las primicias de su sangre; el primer convertido es un ladrón que pasó la vida pecando como casi todos los hijos de Adán, pero que tuvo la dicha de morir justificado y absuelto por el Sacerdote de la eterna y nueva Ley. Las sombras de la muerte van a posarse ya sobre la frente del ladrón penitente... Dirige una mirada imprecatoria al Mártir de rizados nazarenos, de frente adolorida, y desde el fondo de su alma pecadora le dice: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu Reino», y Jesús, la hostia que se inmola por el rescate de los hombres, entreabre su boca que sólo supo bendecir y lava la negrura de aquella alma en las aguas del perdón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Y aquel ladrón en una tarde de Viernes Santo, ascendió desde el patíbulo a la gloria, reclinado sobre el corazón más grande que ha palpitado entre los humanos, porque era el Corazón del mismo Dios.

Abril de 1933.

Recetas de Cocina

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI,
Profesora de Cocina graduada en Bruselas.

BUÑUELOS DE BACALAO

(para 6 personas)

La víspera se deja media libra de bacalao en suficiente agua fría para desalarlo; al día siguiente, se le quitan con mucho cuidado las espinas y se muele en la máquina de moler carne; se deslíe un cuarto de libra de harina en leche, de manera que quede bien espesa; se le agregan dos yemas de huevo crudas, sal, pimienta, un chile dulce pelado y cortado en pedacitos muy pequeños (para pelarlo, se unta de aceite o manteca y se pone sobre las brasas, o el calentador eléctrico, dándole vuelta hasta que suelte el pellejito) y una ramita de perejil finamente picada; se mecla bien; se baten las claras a punto de nieve y se mezclan muy despacio con lo anterior; se agrega el bacalao, se mezcla despacio y se fríe echando montoncitos de ésto, en bastante manteca caliente y se les da vuelta para que doren de ambos lados; se van colocando en un papel de envolver y sobre un platón para que escurran bien la manteca. Debe tenerse cuidado en colocarlos en un lugar caliente para que no se enfrien. Se sirven adornados con perejil.

EMPANADAS DE SALMON

Se compra un buen salmón colorado, se saca de la lata y se maja bien con un tenedor, agregándole un poquito de salsa inglesa, una cucharada de mantequilla y unas gotas de limón. En la tabla de amasar se mezclan 350 gramos de harina (o sea tres tazas y un tercio), una cucharadita de royal y se pasan por el cernidor; a la harina se le hace un hueco en el centro y allí se ponen 350 gramos de manteca (o sean tres tazas y un tercio), una yema de huevo cruda, media taza de agua bien fría, media cucharadita de sal y se mezcla muy bien con un cuchillo y se prueba para ver si está buena de sal; se deja esta pasta en el hielo o en un lugar bien fresco, un cuarto de hora; se espolvorea con harina la tabla de amasar, y se pone la pasta; se extiende con el bolillo hasta que quede delgada; se cortan ruedas con un vaso o con un molde. Aparte se bate un huevo con una cucharada

de agua hasta que esté bien mezclado sin estar espumoso, con este huevo y con una brocha, se pintan las ruedas de la pasta; en el centro de las ruedas se pone un poco de salmón preparado y se doblan las ruedas en forma de empanadas, apretándolas un poquito en los bordes para que cierren bien; se van colocando en cazolejas untadas de manteca y se pintan encima con el huevo batido y se meten al horno caliente. Cuando están bien doradas se sacan del horno. Se pueden servir calientes o frías. También se puede reemplazar el salmón con pescado cocinado; esta pasta se puede emplear también para hacer empanaditas de coco, piña, moras, etc., etc.

ANGELUS

*A las primeras luces matutinas,
pintaba sin cesar un monje anciano
a Jesús en la Cruz. Pincel humano
jamás soñó facciones tan divinas.*

*Qué bello en su dolor, las golondrinas
entrando por el hueco del ventano
volaban sobre él, queriendo en vano
arrancar de sus sienes las espinas.*

*Había olor a celestiales flores
y el extático monje no veía
mientras temblando de fervor pintaba
que a su mano caduca, torpe y fría
la mano de un arcángel la guiaba.*

NO LO OLVIDE

Hay un tónico insuperable y baratísimo para vigorizar el organismo.

Es el mayor enemigo de la tuberculosis.

Es el mejor remedio para los artríticos y también para los anémicos.

Verdadera panacea, que enriquece la sangre y cura un gran número de enfermedades curables.

ESTE PORTENTOSO REMEDIO

ES EL SOL

Uselo usted y haga que lo usen sus hijos, para desterrar la anemia y el raquitismo.

ALMAS RECIAS

(Al finalizar se pondrá el nombre del autor de esta bella, interesante y moral novela)

Capítulo I

LAS LÁGRIMAS DEL ABUELITO

—¡El señor Cura viene, abuelito!

La voz del pequeño trinó como el canto de un ruiseñor, en arpegio dulcísimo y armónico, y llegó desde el ventanal abierto en el grueso muro del caserón (donde se había encaramado para atisbar la cotidiana arribada del sacerdote), hasta el testero opuesto del salón, junto a cuya chimenea encendida el señor de Fuentès de Aledo, impedido y triste, pasaba las horas iguales de su vida monótona y rutinaria. La baronesa de Tallares, que bordaba tranquilamente junto a la ventana, alargó su cuello grácil y torneado de escultura pagana, y buscó entre el bosque de eucaliptus frondosos y de acacias en flor la conocida silueta del cura párroco del vecino pueblo de Aledo. Entre la ubérrima galanura del parque glauco, la impoluta maravilla de las flores blancas era fiesta de candor para los ojos, nota sugeridora de añoranzas de epitalamios, y promesa de fecundidades plenas de ilusión y de gozo. Más cerca de los viejos muros, aprisionados por la hiedra, tenía el jardín una loca carcajada de colores y de luz... Rosas purpúreas, amarillas, rosadas, granates, coralinas... geráneos policromos en apretados pomos, guirnaldas de «varitas de San José», racimos de lilas y heliotropos y alfombras de claveles, cuyo intenso perfume invadía las habitaciones del palacio de Aledo.

Cantaban los regateos serpeando entre los macizos, y era cada burbuja una armonía nueva en el concierto de la primavera que los pájaros escuchaban, con el ojo abierto y el cuello en tensión, desde la copa de los árboles, para repetirla luego en vacilantes trinós. El sol, comprensivo y tolerante, tendía su manto amigo desde las azules alturas, cobijando los seres y las cosas bajo su luz buena y fecunda.

María Elena Tallares hundió sus ojos admirados en el mar espeso de la fronda y allá, en las lontananzas del paisaje, donde la

gran puerta de hierro se abría sobre la carretera encuadrando el pueblo chiquito agrupado junto al campanil, advirtió la figurilla mansa y bonachona de don Esteban Pomares, renqueando un poco a causa de su ciática, que se deslizaba en dirección a la casona, bajo el túnel perfumado de las acacias en flor.

—¿Quieres que salga a recibirle, mamá?— suplicó Francisquín desde las alturas de su ventana.

Todos los días hacía el diminuto barón de Tallares la misma pregunta a su madre, y todos los días recibía idéntica respuesta.

—Bueno, sal. Pero no corras, no vayas a caerte, que luego te pelas las rodillas sobre el cascote ¿eh? Y acuérdate de saludar y de besarle la mano al señor Cura, como hacen las personas.

—Sí, mamá.

Y de un salto ágil, que asustaba un poco a la madre y hacía sonreír con orgullo y benevolencia al postrado marqués de Fuentes de Aledo (quizá al ver su casta tan bien continuada en aquel chiquillo desarrollado, fuerte, sano y alegre), Francisquín bajaba de su observatorio, cruzaba el salón caldeado por la chimenea, atravesaba como una tromba el «hall» y el inmenso vestíbulo del más legítimo estilo español, y salía al ambiente esplendoroso del mes de mayo con una loca ansia de libertad y de desahogo en la plétora de sus siete años de chiquillo robusto.

Ya no se acordaba de las recomendaciones de su madre, y corría desatentado sobre la grava de la amplia avenida central.

—¡Mire usted si ha hecho caso! Y eso que se lo he dicho—murmuró la joven madre, temerosa.—Luego se cae y tenemos lágrimas y lamentos.

—Déjale, mujer; demasiado aguanta la criatura—suavizó el viejo, dulcemente.—¿Tú sabes lo que es un torito de Veraguas, como tu hijo, encerrado a piedra y lodo en este panteón? El muchacho necesita expansión: el aire, el sol y el ejercicio son buenos para el cuerpo y para el alma.

Ajeno a esta leve discusión el bueno de Francisquín corría en busca del Cura hasta

llegar a su lado, jadeante. Adoraba al virtuoso sacerdote que había oído no hacía mucho su primera e ingenua confesión, que le explicaba bellas historias del Niño Dios, los Magos y los Pastores, le enseñaba lindos versos y le regalaba unos ricos caramelos que le enviaban de su pueblo.

—Buenos días, señor Cura—saludó el niño, besándole la mano.

—¡Hola, Francisquín, buenos días—contestó el clérigo, besándole en la tersa y despejada frente.

—¿Hoy no trae usted la perrita?—inquirió el niño buscando en vano a Fela, una perra fox-terrier fidelísima que, con la vieja ama, componía toda la familia del párroco.

—No, Francisquín. Fela está enfermita y no ha podido acompañarme.

—¿Sí?...—lamentó el pequeño con una carita de aflicción que movía a piedad.—¿Qué tiene?

—Que es muy tragona, hijo, y anoche se atracó de pastelillos. Se subió al banco de las hornillas donde Gervasia estaba arreglándolos en una fuente... y se los robó.

—Por eso el Señor la ha castigado ¿verdad, señor cura? Mamá dice que el ser goloso es un pecado—afirmó muy serio el pequeño.

—Mucho que sí, Francisquín.

—Yo no soy goloso...—murmuró el chiquito tratando, más que de convencer al cura, de convencerse a sí mismo.

Porque es lo cierto que no estaba muy lejano el día en que tuvo una indigestión aparatosa por haberse comido cierta cantidad de miel escamoteada cautelosamente de una orza, hundida en las profundidades de un aparador que el descuido del ama de llaves dejó abierto. El cura, que conocía la hazaña, sonrió bondadosamente y preguntó de nuevo al niño:

—¿Cómo está el abuelito hoy?

—Bien. Mamá y yo le hemos preguntado cómo ha pasado la noche y ha dicho que bien. Pero él nunca está bien—murmuró luego de una pausa.

En el vestíbulo, la baronesa aguardaba al Cura. Le saludó, y ya iba a reñir al chiquillo por sus locas carreras de un momento antes, cuando no sabemos qué expresión grave e inquieta que advirtió en las profundas pupilas del sacerdote, la hizo detenerse en seco.

—¿Hay alguna novedad, don Esteban?—preguntó ansiosa.

—La hay, señora baronesa.

Y mirando al pequeño, que con precocidad de chiquillo inteligente les miraba a su vez, olfateando el misterio, agregó:

—Envíele usted a jugar.

María Elena se volvió vivamente hacia su hijo. En su voz había una nota de angustia al decirle brevemente:

—Busca a tu aya, que debe estar en tu cuarto, y dile que te lleve a la Ermita de paseo ¿sabes?

Francisquín desapareció sin comentarios, y entonces la baronesa apremió al sacerdote con voz oprimida:

—¿Esa novedad se refiere a mi marido?

—No, señora. Esta vez le toca al señor marqués: se trata de su sobrina de usted.

—¿De Reina?

—De Reina, sí, señora. Tengo una carta de la superiora del colegio.

—Mal rato le espera pasar a mi padre; pero había de llegar. Entre usted, y sea lo que Dios quiera.

La baronesa alzó el portier y ella misma introdujo a don Esteban Pomares en el salón. Al contraste con la borrachera de luz del jardín, parecía oscuro, como una tumba. Junto a la chimenea, el inválido se adivinaba confusamente en su poltrona. El cura le sonrió al saludarle, sinceramente condolido ante aquella cruz tan resignadamente soportada por el cristiano señor de Fuentes de Aledo. Indicóle éste con respetuosa cortesía una butaca frontera a la suya, que el cura ocupó, apartándola algo del fuego, molesto para quien como él había entrado en reacción con una caminata de media hora bajo el sol de primavera, que a las diez de la mañana ya pica, si el viento no sopla. Y antes de que el cura pudiese iniciar una charla, el marqués le interpelló sin ambages.

—¿Qué hablaba usted de cartas con María Elena hace un instante, ahí fuera?

Un punto quedó turbado el sacerdote ante esta suspicacia del señor de Aledo, tan común en los enfermos impedidos. Pero alcanzó a ver, al levantar los ojos, la enérgica mirada de María Elena que le ordenaba imperativa la más absoluta franqueza y, envalentonado, respondió con el ánimo hecho de afrontar la

lucha que no había de tardar en llegar, andando de por medio Reina Pedreño: una nieta a quien el marqués profesaba cierta marcada aversión sin conocerla. Y esto era lo más curioso.

—Le decía que he recibido esta mañana una carta de la reverenda Madre Superiora del Colegio de señoritas nobles de Benasar, donde se educa su nieta, la señorita Pedreño de Solvadal.

María Elena espíaba las facciones del viejo. Se crisparon... Sus manos pulidas se aferraron temblonas a los brazales del sillón y su voz, un poco ensordecida por la cólera incipiente que en él levantaba siempre la sola mención del apellido Pedreño de Solvadal, tan cordialmente odiado, mordió apenas estas entrecortadas palabras:

—¿Y es de absoluta precisión que me lo comunique usted?

—Si no lo fuera, jamás lo hiciese, señor don Juan. Fuera mucho más cómodo para mí ¿no cree? Porque nunca resulta agradable hablar a una persona de cosas que le es violento oír. Por el contenido de la carta juzgará usted si es que yo podía callarme.

Y la mano gordezuela y cuidada de don Esteban intentó alargarle el plieguecillo, que el marqués rechazó con viveza.

—No, no, señor cura: lea usted fuerte, si no le molesta. Será mejor.

Don Esteban Pomares se encasquetó el gorro con borla que se había quitado para saludar al marqués, sacó de la funda sus gafas con montura de oro y las ajustó sobre el puente de su nariz bien dibujada. María Elena se había sentado frente a su padre con el ánimo un poco turbado e inquieto, y para disimular un tanto su agitación, hurgaba con las tenazas el fuego adormilado de la vasta chimenea señorial. Los chisporroteos crepitantes que sucedieron al derrumbamiento de astillas causado por las intromisiones de las tenazas, ahogaron un poco la voz del párroco al comenzar su lectura, y así el señor de Aledo no pudo darse cuenta de que estaba enronquecida ligeramente por la emoción. Después de la fecha y el encabezamiento, decía así la carta:

«En realidad ignoro si es a usted o al señor marqués de Fuentes de Aledo, tutor y abuelo de la señorita Reina Pedreño de Solvadal, a

quien debo dirigirme. Pero como ya en cierta ocasión en que le escribí para asuntos relacionados con la educación de la niña me remitió a usted, he pensado que, puesto que para todas las cosas que tienen relación con Reina, con usted me he entendido, no estará demás que en las presentes circunstancias ponga también en sus manos el asunto que motiva esta carta.

Reina Pedreño ha cumplido ya sus dieciocho años, señor cura. No es que a mí me pese su presencia en la Pensión, que harto sabe Nuestro Señor el dolor que sentiré el día que abandone esta casa una de mis discípulas predilectas; pero su familia debe comprender que no teniendo vocación religiosa (y Reina no la tiene), no es el convento el sitio más indicado para pasar en él la juventud una muchacha que pertenece a una clase social elevada, que posee una fortuna y que tiene condiciones físicas, morales e intelectuales para ocupar en sociedad el lugar que por derecho propicio le corresponde.

No entra en mi ánimo reprochar a la familia de Reina el abandono en que la han tenido desde que falleció su padre, el conde de Solvadal; nadie puede fallar sin oír las dos partes, y cuando el señor de Fuentes de Aledo ha obrado así respecto a su nieta, sus motivos tendrá; pero la educación de Reina está terminada, nada puede ya aprender de sus profesoras, y mi deber es llamar la atención de su tutor para que decida con respecto a ella; y me notifique su resolución de aquí al 16 de junio en que se dará vacaciones a las pensionistas. El reglamento del Colegio no permite tener alumnas mayores de dieciocho años.

Espero, señor cura, que tendrá usted la bondad de poner todo lo que antecede en conocimiento del señor marqués, y aguardando su respuesta, quedo de usted su afectísima en Cristo,

Madre Maravillas de la Concepción

A don Esteban se le había ido pasando el susto mientras leía. Al acabar dió un suspiro de alivio, como quien se quita un gran peso de encima. María Elena había vuelto a hurgar el fuego con las tenazas... Don Juan de Aledo no decía nada. Mil sentimientos encontrados y violentos batallaban en él. Era

aquella carta como un estilete que hurga en el fondo de una herida apenas cerrada: en la llaga del dolor de toda una vida, sangrante siempre, siempre viva y ahora, de pronto, desgarrada a un nuevo tirón de los muchos que la impidieron cicatrizar. Como pasaran los minutos y nada dijera, María Elena y el cura se consultaron brevemente con una mirada: el marqués tenía los ojos más hundidos que nunca, casi sepultados en las cuencas de las ojeras azules, y la vida parecía extinguida en las pupilas extáticas en absorta contemplación inconsciente de sus propias manos cerúleas, temblonas, serpeadas por hinchadas venas...

Súbita, María Elena apremió a su padre.

—¿No dices nada, papá?

El marqués se estremeció, como quien vuelve de un sueño. ¡Estaba tan lejos en aquel momento!... ¡Tan lejos del sombrío salón majestuoso!... Evocaba aquellos mismos instantes de emoción vividos años antes. Otra muchacha que se llamaba Reina, como ésta, iba a salir de la jaula de su pensión, pájaro alegre y cantarín; y los once años de encierro que habían dejado en el alma del padre hambre de besos, de compañía y de compenetración con la hija (una hija muy hermosa y muy amada, era el vivo retrato de la madre, muerta al nacer María Elena), le traían ahora la felicidad inmensa de la vuelta a casa. Todo le parecía al padre menudado y pobre para instalar a la hija, y fue derroche de lujo, de comodidades y de cariño el que se hizo para recibir a Reina... ¡Tan mal agradecido!... ¡tan mal pagado...!

Al interpellarle María Elena, don Juan rompió el hilo de sus memoraciones, y alzando los ojos, velados por una angustia que movía a piedad, respondió con voz quebrada y rota:

—¿Y qué quieres que diga, Marilena?

El marqués, para abreviar algo el nombre un poco largo, llamaba siempre a su hija «Marilena». Había un matiz de súplica en el tono de voz del anciano, que emocionó profundamente al sacerdote: era como si aquel despojo de la vida, cansado de ser llevado aquí y allá por el dolor, pidiese gracia. Y don Esteban comprendió que de esta última batalla iba a salir más destrozado que nunca, porque andaba ya el edificio de su fortaleza maltrecho y cuarteado. Marilena, a su vez, comprendía también otra cosa: que era nece-

sario apelar a todos los recursos para terminar al fin con aquel odio, con aquel rencor, con aquella separación de que estaba siendo víctima su sobrina Reina, sin deber nada... ¿Qué culpa tenía la muchacha de lo que hubiese podido mediar entre sus padres y el abuelo?

A ciencia cierta, tampoco lo sabía muy bien la baronesa de Tallares, que era muy pequeña cuando pasó el disgusto. Pero, fuere como fuere, María Elena estaba decidida a quemar sus naves en pro de la paz de la familia. Suavemente, con su voz armoñosa y dulce insistió mirando valientemente al marqués:

—Pues algo has de decir, papáito; porque ya ves que la Madre Superiora te advierte que Reina no puede continuar en el convento.

—Claro, sí...—apoyó don Esteban;—y las razones de la Madre no tienen vuelta de hoja. Si la chica no quiere ser monja, no es precisamente allí donde debe estar, máxime teniendo casa y familia.

El relámpago de cólera que ambos interlocutores aguardaban, fulminó violento, apenas dominado por la extrema corrección del caballero; y el marqués, clavando en el cura su mirada, dura en aquel instante como el acero, protestó indignado:

—¿Acaso sería usted capaz de aconsejarme que la trajese aquí?

—Sí, señor; ¿por qué no?—respondió con su serena energía el párroco.—Como tutor, viene usted obligado a preocuparse de la instalación de su pupila, colocándola en unas condiciones de vida tal y como corresponden a su fortuna y a su clase social: eso es lo que las leyes exigen de usted, y eso es lo que haría usted por cualquier otra muchacha si hubiese asumido los derechos y los deberes de la tutoría. Por lo tanto, eso es lo que ha de hacer usted con Reina.

(Continuará)

Interesantísimo a los suscritores

Aquellos suscritores que se interesan en conseguirnos mayor número de nuevas suscripciones recibirán como obsequio un ejemplar de la novela «ALMAS RECIAS».

Deseamos saber si los suscritores están conformes con cuatro páginas de la novela o prefieren tres. Numerosos suscritores ya han pedido cuatro páginas.

LA PEDRADA

I

Quando pasa el Nazareno
de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada del Dios bueno
y la sogá al cuello echada,

el pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,
y las lágrimas me ciegan
y me hiere la ternura...

Yo he nacido en esos llanos
de la estepa castellana,
cuando había unos cristianos
que vivían como hermanos
en república cristiana.

Me enseñaron a rezar,
enseñáronme a sentir
y me enseñaron a amar,
y como amar es sufrir,
también aprendí a llorar.

Quando esta fecha caía
sobre los pobres lugares,
la vida se entristecía,
cerrábanse los hogares
y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno
de la frente coronada,
por aquel de espigas lleno,
campo dulce, campo ameno
de la aldea cosegada,

los clamores escuchando
de dolientes Misereres,
iban los hombres rezando,
sollozando las mujeres
y los niños observando...

¡Oh, qué dulce, qué sereno
caminaba el Nazareno
por el campo solitario,
de verdura menos lleno
que de abrojos el Calvario!

¡Cuán suave, cuán paciente
caminaba y cuán doliente
con la cruz al hombro echada,
el dolor sobre la frente
y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos,
en hileras extendidos,
iban todos encapados,
con hachones encendidos
y semblantes apagados.

Y enlutadas, apiñadas,
doloridas, angustiadas,
enjugando en las mantillas
las pupilas empañadas
y las húmedas mejillas,

viejecitas y doncellas,
de la imagen por las huellas
santo llanto iban vertiendo...
¡Como aquellas, como aque-
[llas
que a Jesús iban siguiendo!

Y los niños, admirados,
silenciosos, apenados,
presintiendo vagamente
dramas hondos no alcanzados
por el vuelo de la mente,

caminábamos sombríos
junto al dulce Nazareno,
maldiciendo a los Judíos,
¡que eran Judas y unos tíos,
que mataron al Dios bueno!

II

¡Cuántas veces he llorado
recordando la grandeza
de aquel hecho inusitado
que una sublime nobleza
inspiróle a un pecho honrado!

La procesión se movía
con honda calma doliente.
¡Qué triste el sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gentel!
¡Cómo Jesús se afligía!...

¡Qué voces tan plañideras
el Miserere cantaban!
¡Qué luces, que no alumbran-
[ban,
tras las verdes vidrieras
de los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano,
que al dulce Jesús seguía
con el látigo en la mano,
¡qué feroz cara tenía!,
¡qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre
[ablandara!
Iba a caer el cordero,
y aquel negro monstruo fiero
iba a cruzarle la cara
con el látigo de acero...

Mas un travieso aldeano,
una precoz criatura
de corazón noble y sano
y alma tan grande y tan pura
como el cielo castellano,

rapazuelo generoso
que al mirarla, silencioso,
sintió la trágica escena,
que le dejó el alma llena
de hondo rencor doloroso,

se sublimó de repente,
se separó de la gente,
cogió un guijarro redondo,
miróle al sayón la frente
con ojos de odio muy hondo,

paróse ante la escultura,
apretó la dentadura,
aseguróse en los pies,
midió con tino la altura,
teñió el brazo de través,

zumbó el proyectil terrible,
sonó un golpe indefinible,
y del infame sayón
cayó botando la horrible
cabezota de cartón.

Los fieles alborotados
por el terrible suceso,
cercaron al niño airados,
preguntándole admirados:
— ¿Por qué, por que has
[hecho eso?...]

Y él contestaba, agresivo,
con voz de aquellas que llegan
de un alma justa a lo vivo:
— «Porque sí; porque le pegan
sin hacer ningún motivo!»

III

Hoy, que con los hombres voy,
viendo a Jesús padecer,
interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños de ayer?

JOSE M.^a GABRIEL Y GALAN

